



## ACTO SEGUNDO.

*Cámara Real en el palacio de Madrid. La puerta de antecámara en el foro: la de las habitaciones privadas del Rey, á la derecha: la del cuarto de la Infanta al mismo lado, mas hácia el foro: otras dos puertas laterales á la izquierda.*

### ESCENA PRIMERA.

*El Rey, Quevedo.*

*Quevedo aparece. El rey sale con un papel en la mano.*

*Quev.* ¡Señor!...

*Rey.* ¡Salud al insigne

Quevedo!

*Quev.* A esos piés...

*Rey.* (Deteniéndole.) Alzad.

(Dándole el papel.)

Con mi concedido al márgen  
os devuelvo el memorial  
de vuestro cliente.

*Quev.*

Doy  
á vuestra Real Majestad  
las gracias... y el parabien  
por un acto en que á la par  
brillan su recta justicia  
y su ingénita bondad.  
En mozo honrado y discreto  
así el mérito premiais  
de su padre, que lidiando  
treinta años por tierra y mar,  
en defensa de su Rey  
vertió su sangre leal.

*Rey.*

¡Que en efecto era valiente  
soldado?

*Quev.*

Y tal que quizá:  
inmolado á la impericia,  
por no decir algo mas,  
del maldito Conde-Duque,  
á vos y al reino fatal,  
fué el último veterano  
que sin dar un paso atras  
moribundo os saludó  
monarca de Portugal.

*Rey.*

Sin ese triste recuerdo  
con que el alma me ulcerais,  
para tan corta merced  
sobraba á mi ánimo real  
la intercesion de un amigo,  
á quien yo deseo dar  
pruebas mas calificadas  
de mi liberalidad.

*Quev.*

Para quien nada ambiciona  
hartas son las que me dais.  
Basta á un hidalgo caduco  
la torre de Juan Abad;  
á un filósofo sus libros;  
á un poeta un madrigal;  
y á un caballero cristiano  
(Mostrando la cruz de Santiago.)

esta insignia militar,  
que es terror de los herejes  
y *exi-foras* de Satán.  
Así, sin que vuestra gracia  
coarte mi libertad,  
podré, exento de envidiosos,  
vivir y morir en paz.

Rey. Sea, pues vos lo queréis...—  
Y ahora, ¿en qué os ocupáis,  
príncipe de los satíricos  
castellanos?

Quev. ¡Pché.

Rey. Mostrad  
una de esas invectivas  
en que sabéis asociar  
á la elegancia de Horacio  
el nervio de Juvenal.  
¿Qué tenemos? ¿prosa ó verso?  
¿Qué jácara de rufian,  
que alguacil *alguacilado*,  
(adjetivo singular  
que solo inventar pudiera  
vuestro ingenio y vuestra sal)  
ó qué doctor antropófago,  
ó que escribano rapaz  
son blanco de vuestros tiros?

Quev. Acabo de emborronar  
una letrilla incorrecta...

Rey. ¿Contra quién, vate mordaz?

Quev. Quizá no es para leída  
á un monarca tan galan.

Rey. No puede á mi disgustarme  
cosa que vos escribais,  
amigo mio.

Quev. ¡Aunque sea  
contra las hijas de Adan?

Rey. ¿Otra vez? ¡Pobres mugeres!  
Sois su enemigo mortal.

Quev. No; pero juez inflexible,

Rey. digo siempre la verdad.  
Leedme pues la letrilla,  
y luego que concluyais,  
defendiendo yo á las damas  
seré juez mas imparcial.

Gonz. (*Sacando un papel y leyéndole.*)

Cuentan de un corregidor  
nada bobo,  
que siempre que al buen señor  
denunciaban muerte ó robo,  
atajaba al escribano  
que leía la querella,  
diciéndole: ¡al grano, al grano!

¿Quién es ella?

Y como hombre procedía  
de gran seso  
quien tal actuacion ponía  
por cabeza del proceso;  
que en vano mas de una vez  
se sigue al crimen la huella  
por no preguntar al juez

Quién es ella.

En todo humano litigio—  
¡no hay remedio!—  
á no obrar Dios un prodigio,  
habrá faldas de por medio:  
danza en todo una muger  
casada, viuda ó doncella;  
luego el hito está en saber

Quién es ella.

Si Adan perdió el paraíso,  
fué por Eva,  
que probar vedada quiso  
no sé si manzana ó breva.  
Desde entónces con profundo  
pesar pudo conocella;  
desde entónces sabe el mundo

Quién es ella.

Si ves hecho polvo el muro  
que, fue Troya  
merced al griego perjuro  
y á su bélica tramoya,  
suspende el fallo severo  
entre esta nacion y aquella  
hasta que te diga Homero

*Quién es ella.*

Si á Blas, por ceñir la venda  
de Himeneo,  
queda hoy solo de su hacienda  
lo arrepentido y lo feo,  
no preguntes: ¡cómo Blas  
nació con tan mala estrella?

Pregunta, y acertarás:

*¡Quién es ella?*

Si en la calle siento ruido  
de camorra,  
y algun quidam mal herido  
grita: ¡no hay quién me socorra?

*Requiescat* digo al difunto,  
doy paso al que le atropella,  
y en la taberna pregunto,

*¡Quién es ella?*

Si ves postrado en el lecho  
del dolor  
á algun mozo de provecho,  
no le preguntes, doctor,  
qué reuma ó qué tabardillo  
en su salud hizo mella;  
pregúntale:—es mas sencillo—

*Quién es ella.*

Es un sexo amable, lindo. . . .

Si, una plata;

yo lo confieso. . . . y prescindo  
de la vieja y de la chata;  
pero escamado y cobarde  
digo ¡zape! á la mas bella  
que temo saber ¡muy tarde!

*Rey.* Escrita está con veneno.

*Quev.* Señor, yo. . . .

*Rey.* ¡Qué pertinacia!

*Quev.* Si vos. . . .

*Rey.* Aplaudo la gracia,  
mas la doctrina condeno.

¡Tratar con fiero desden  
á un sexo tan celestial!

Juzgais á las hembras mal.

*Quev.* Porque las conozco bien.

*Rey.* A mozuelas embaidoras  
tal vez. . . .

*Quev.* Yo. . . .

*Rey.* Sed mas sincero;

no midais por un rasero  
á justas y á pecadoras.

*Quev.* Desgracia mia será. . . .

Cada cual acá en Iberia  
habla, señor, de la fèria  
segun en ella le va.

No espere en noble conquista  
las rosas de Citeréa,

un pobre hidalgo de aldea  
corto de bolsa y de vista;

mas príncipe tan bizarro,  
y emprendedor como Jove,

no es mucho que á Vénus robe  
las palomas de su carro.

Quien caza con tales redes,  
no es mucho que al lauro aspire,

ni que virtudes inspire  
el que derrama mercedes.

*Rey.* No es triunfo de buena ley  
triunfo que estriba en un nombre;

que tal vez usurpa el hombre  
los lauros que ciñe el Rey.

*Quev.* No el que merece *in utroque*  
como vos. . . .

*Rey.* Lisonja.

Quev. No.  
Pero un pobre como yo,  
que no soy ni Rey ni Roque. . . .

Rey. ¡Por qué teneis tanto miedo,  
por qué tan mala opinion  
de la muger? ¡Ah! ¡Chiton!  
Casado fuísteis, Quevedo.

Quev. Permitidme repeler  
ese punzante epigrama;  
que mi esposa fué muy dama  
y muy honrada muger.

Rey. Lo sé.

Quev. A no serlo. . . .

Rey. Advertid  
que es chanza. . . .

Quev. Muerto la hubiera,  
como maté á la pantera  
que fué terror de Madrid;  
mas si en su justa alabanza  
mi fe nupcial se acrisola,  
ella al fin era una sola. . . .  
¡Y se llamaba *Esperanza!*  
Muerta la *Esperanza* mia,  
¿dónde, plebeya ni hidalga,  
dónde hallar otra que valga  
lo que mi esposa valia?

Rey. Sí tal, si se buscan bien  
y se juzgan sin pasion.  
No ha de faltar ocasion,  
si vivis y yo tambien,  
en que confesar os haga. . . .

Quev. Muy difícil me parece.

Rey. Però. . . .

Quev. Me quedo en mis trece,  
la muger es una plaga. . . .  
Vuelvo á mi corregidor  
y á su constante refran.  
Si malas nuevas me dan,  
sintiendo al punto el olor

de alguna toca traidora,  
de alguna pícara saya,  
diré: ¿quién es ella?

Ugier. (A la puerta del foro). El aya  
de la Infanta mi señora.

Quev. (En voz baja),  
¿Será agüero? . . . ¡ojo avisor!

Rey. (Al Ugier, y éste se retira)  
Que entre.  
(A Quevedo)

¿Qué puedo temer  
de ella?

Quev. ¿Qué sé yo! . . . . Es muger.

Cond. (A la puerta).  
Dios guarde al Rey, mi Señor.

ESCENA II.

El Rey. Quevedo. La Condesa.

Rey. Entrad, querida Condesa.  
Bella venís, y radiante  
como nunca.

Cond. No merece,  
señor, quien tan poco vale  
ese halagüeño saludo,  
viuda. . . .

Rey. Pero muy amable.  
Yo apuesto á que D. Francisco  
es de mi propio dictámen.  
Perdida soy si él me juzga.  
¿Por qué? ¿Tan poco galante  
soy yo?

Cond. Odiais á las mugeres.

Quev. Però adoro á las deidades.

Rey. Si á pedir alguna gracia

venís, á quien nada sabe  
negaros, me holgara mucho  
de que en ello fuese parte,  
Condesa, el dulce propósito  
de contraer nuevo enlace.

*Cond.* (Ap. ¡Oh, Dios mio!) No, señor.  
Bien me estoy así.

*Rey.* No obstante. . . .

*Cond.* Permitid que os manifieste  
el objeto que me trae  
á vuestras plantas. La augusta  
Princesa, mi interesante  
alumna, Doña María  
Teresa de Austria, á quien guarde  
Dios mil años. . . .

*Rey.* ¡Qué sucede?  
Hablad.

*Cond.* No se sobresalte  
Vuestra Magestad. La tierna  
Infanta, robusta y ágil,  
á sus años se adelanta  
en ingenio y en donaire,  
y ya, aunque niña, da muestras  
de su preclaro linage.

*Rey.* Decidme, pues. . . .

*Cond.* Habeis dado  
licencia para casarse  
á Constanza su menina,  
y es fuerza que esta vacante  
se provea.

*Rey.* Si, es verdad;  
no quiero que nada falte  
á mi hija.

*Cond.* Si ya no habeis  
concedido honor tan grande  
á otra persona, una jóven  
os propondré, que reemplace  
á Constanza dignamente,

*Rey.* No he dado palabra á nadie. . . .

*Cond.* (Ap. ¡Albricias!)  
*Rey.* Y agravio haria

Condesa, á vuestro carácter  
de aya de mi hija, y al celo  
con que la servís de madre  
desde que perdió la suya,  
que en eterna paz descanse,  
si en cuanto cumpla á su gusto  
y á su servicio dejase  
de consultáros.

*Cond.* Me honrais,  
señor. . . .

*Rey.* ¡Quién es la aspirante?

*Cond.* Una pobre huerfanita  
honrada, de noble sangre,  
bien educada, modesta. . . .

*Quev.* ¡Y hermosa!

*Cond.* ¡Oh! sí, como un ángel. . . .

(Ap. ¡Por mi desgracia. . . y la suya!)  
mas no es esto lo que la hace  
recomendable á mis ojos. . . .

*Rey.* ¡Por qué no? Un bello semblante  
siempre es buena credencial.  
Tierno y solícito padre,  
quiero que á mi niña amada  
acaricien y acompañen  
ángeles que la sonrian,  
y no cocos que la espanten.

*Cond.* Es hija de un capitán  
que fué reformado en Flandes;  
y víctima del protervo  
Conde-duque de Olivares,  
murió en la miseria.

*Quev.* ¡Oís!

Con él era un santo el Drague—  
mas no supo por lo visto,  
que habia una bella al márgen,  
que á saberlo ¡á buen seguro  
que se hubiera muerto de hambre

el reformado!—Y ¿qué luz  
os condujo al miserable  
tugurio, donde ignorado  
se escondia ese diamante?  
Sin duda la caridad  
cristiana. . . .

Cond. El acaso. . . . (Ap. El aspid  
de mis zelos.) Me habló de ella  
un prelado respetable. . . .

Rey. En fin, vos la proponeis,  
y para que á mí me agrade,  
con eso basta.

Cond. Sabiendo  
que nunca se acude en balde  
de vuestra régia piedad  
al tesoro inagotable,  
traigo conmigo á la huérfana. . . .

Rey. ¡Oh, hacedla entrar al instante!

ESCENA III.

El Rey. Quevedo.

Quev. ¡Hum! . . . Aquí hay gato encerrado.

Rey. ¡Eh!

Quev. Quiera Dios que me engañe.

Rey. No deliréis. ¿Qué misterio  
cabe. . . .

Quev. Dios y ella lo saben.

ESCENA IV.

El Rey. Quevedo. La Condesa. Isabel.

Cond. Andad, no os turbeis.

Rey. (Ap. ¡Qué hermosa!)

Llegad.

Isab. ¡Señor! Vuestros piés

Rey. Alzad. (Ap. ¡Cielos!)

Quev. (Aparte con el Rey.)

¡Bella es!

Rey. ¡Un querubin! ¡Una diosa!—

Mil y mil gracias os doy

y os las dará la Princesa

por tal presente, Condesa.

Cond. (Ap. Me vengaré.)

Rey. (Ap. ¡Locó estoy!)

Cond. Nunca yo me interesara  
por quien ménos mereciera.

Rey. (A Isabel.)

Seréis desde hoy camarera  
de la Infanta. (Ap. ¡Oh linda cara!)

Isab. Beso por tan alto honor,  
de que no me juzgo digna. . . .  
la augusta mano benigna. . . .

(El Rey tiende su mano.)

Cond. (A Isabel en voz baja.)

Bésadla.

(Isabel se arródiilla, y besa respetuosamen-  
te la mano del Rey.)

Rey. (Ap. ¡Oh gentil pudor!)

Isab. Mi gratitud. . .  
 Rey. (Ap. ¡Es divina!)  
 Quev. (Ap. Esto es hecho. ¡Una de tantas!)  
 Rey. Mas no estás bien á mis plantas.  
 (Haciéndola levantar.)  
 Alza á mis brazos, menina.  
 A las hijas de mis buenos  
 servidores, no es razon  
 humillar.  
 Quev. (Ap. Y cuando son  
 tan bonitas, mucho ménos.)  
 Isab. No en vano el timbre ha adquirido  
 vuestra escelsa Magestad,  
 de amparo de la humildad  
 y padre del desvalido.  
 Si solo el mio en su muerte  
 honra y virtud me dejó,  
 no fué culpa vuestra, no,  
 sino de su mala suerte.  
 Sin ningun merecimiento  
 premiais los suyos en mí  
 para cautivar así  
 mi eterno agradecimiento.  
 Nada valgo, nada sé;  
 niña me llama á la corte  
 vuestra bondad, sin mas norte,  
 que la lealtad de mi fe;  
 mas me infunde tal aliento  
 y tan pura os la consagro,  
 que quizás haga el milagro  
 de ilustrar mi entendimiento.  
 Rey. No es menester, que harto brilla  
 al través de ese candor  
 dulce, inefable. . . .  
 Isab. ¡Señor!  
 Rey. ¿Tu nombre?  
 Isab. Isabel Marcilla.  
 Rey. (A la Condesa.)  
 Presentadla (Ap. ¡Es un portento!)

á mi hija; (Ap. El pecho me abraza.)  
 y de hoy mas tenga en mi casa  
 vivienda y acostamiento.  
 Isab. (Ap. ¡Al fin, bien del corazon,  
 Dios. . . .)  
 Cond. Venid.  
 Rey. Guárdeos el cielo.  
 (Aparte á la Condesa.)  
 Yo premiaré vuestro celo.  
 Cond. (Despues de una reverencia muda.)  
 ¡Celos! . . . ¡Desesperacion!)  
 (Entra con Isabel en el cuarto de la Infanta.)

ESCENA V.

El Rey. Quevedo.

Rey. ¡Visteis jamas, Don Francisco,  
 tan peregrina belléza?  
 Quev. ¡Alhaja digna de un Rey!  
 Recibid mi enhorabuena.  
 Rey. Bien la quisiera aceptar,  
 que aquellos ojos me queman;  
 pero que ha de ser recelo  
 virtuosa cuanto bella  
 la menina.  
 Quev. ¡Bah! Es muger.  
 Dádivas quebrantan peñas.  
 Rey. Con todo.  
 Quev. Y no sin designio  
 la trajo aquí la Condesa.  
 Rey. ¡Qué designio?  
 Quev. No lo sé:  
 pero el refran nos lo enseña,  
 "piensa mal y acertarás."  
 Rey. Jóven de tan altas prendas,  
 si fuese el aya ambiciosa,

no á Palacio la trajera,  
donde puede sin esfuerzo  
disputarle la influencia.

Quev. De lo que el alma presente  
aun no puedo darme cuenta;  
pero muger que por otra  
mas hermosa se interesa,  
preciso es que la ame mucho. . . .  
ó que mucho la aborrezca.

Rey. ¡Siempre siniestro y fatídico!  
¡Sois Quevedo, ó sois Corneja!

Quev. Soy, señor, un pobre viejo. . . .

Rey. Que algunas veces chochea.

Quev. Puede ser.

Rey. Cuando á mis ojos  
luce tan fúlgida estrella,  
¡qué puedo yo presagiar  
que dicha y placer no sea?

Quev. Lo que fuere sonará.  
Cada loco con su tema;  
vos con la de amar á todas;  
yo, con la de ¡quién es es ella?

Rey. Basta ya de este certámen;  
no porque duda me quepa  
de que saldrá mi opinion  
vencedora de la vuestra,  
sino porque ahora me llama  
¡triste de mí! la tarea  
prosaica de oír consultas  
y sancionar providencias.  
¡Qué peso el de una corona! . . . .  
Adios, ínclito poeta.

(Vase por la puerta de la izquierda, mas inmediata al proscenio.)

ESCENA VI.

Quevedo.

Si, Rey Felipe; es verdad;  
grave peso es la diadema;  
mas ¡qué te importa? otros hombros,  
no los tuyos, la sustentan.  
Y por cierto que no son  
los de Atlante. Así ¡oh vergüenza!  
para equilibrar la carga  
con su raquítica fuerza  
perdiendo cada año un reino  
la monarquía aligeran.  
Tú reinas, cuarto Felipe;  
pero el diablo nos gobierna,  
¡oh patria!

Un Ugier (á la puerta del foro.) Por vos pregunta  
Don Gonzalo de Aguilera.

Quev. Que entre.

Un Ugier. Pasad.

ESCENA VII.

Quevedo. Gonzalo.

Quev. Bien venido.

Gonzalo.

Gonz. A vuestra obediencia  
siempre.

Quev. (Mostrando el memorial.) Albricias, en la  
te tengo. Desde esta fecha (mano.  
eres todo un contador  
de alcaldes. Solo resta  
estender la credencial,  
y si me das tu licencia,  
voy. . . .

Gonz. Os deberé una dicha.  
 Quev. Si tan poco te contenta. . . .  
 Mas quien pretenda en palacio  
 ande listo, y viva alerta.  
 Vuela el tiempo y. . . . Ya hablaremos  
 mas despacio. Aquí me espera.  
 (Vase por la puerta de la izquierda inme-  
 diata al foro.)

ESCENA VIII.

Gonzalo.

Gonz. ¡Oh amigo el mas generoso!  
 En el alma tendré impresa,  
 miéntras viva, la bondad . . . !  
 Isab. (Dentro.)  
 Ya os sigo,  
 Gonz. ¡Qué voz resuena  
 en mis oídos!  
 (Mirando hácia el cuarto de la Infanta.)  
 Allí. . . .  
 (Sale Doña Mencía y un momento despues  
 Isabel.)  
 ¡Ah! Deliraba. ¡Una dueña,

ESCENA IX.

Gonzalo. Isabel. Doña Mencía.

Menc. Vereis qué lindo es el cuarto.  
 Gonz. (Ap. ¡Con quién habla?... ¡Oh Dios! ¡Es ella!  
 ¡Cómo?)  
 (Se oculta tras una mampara.)  
 Menc. Vais á estar en él  
 mejor que una archi-duquesa.  
 Gonz. (Ap. ¡Y esas galas. . . .)  
 Isab. Mi nodriza. . . .

Digo mal, mi compañera,  
 mi única madre . . .

Menc.

Vendrá:

no os inquieteis por su ausencia.  
 Una amiga en mí entretanto  
 tendreis. . . . (Ap. Una centinela.)  
 Y os darán autoridad  
 estas tocas reverendas.

Gonz. (Ap. ¡Será sueño? Dudo, . . . Tiemblo. . . )

Menc. Allí irá luego, hechicera,  
 vuestra ilustre protectora.

Gonz. (Ap. ¡Oh! si mil vidas me cuesta,  
 sabre. . . )

Menc. Venid.

Gonz. (Saliendo de donde está oculto.) Isabel!

Isab. (Retrocediendo desde la puerta del foro.)  
 ¡Cielos!

Menc. ¡Quién llama? ¡Quién llega?

Isab. ¡Gonzalo!

Menc. (Ap. ¡Un galan?) Hidalgo,  
 advertid. . . .

Isab. ¡Dulce sorpresa!

Gonz. (Ap. ¡Qué haré?, . . . )

Menc. Pero aquí.

Gonz. Es mi hermana.

Isab. (Ap. ¡Por qué lo dirá?)

Menc. (A Isabel.) ¡Es de véras?

Isab. Sí.

Gonz. Permitidme que la hable  
 dos palabras.

Menc. (Ap. Cuando él entra  
 en la cámara real,  
 sin duda. . . .)

Isab. ¡Un momento!

Menc. Sea.  
 (Gonzalo é Isabel se separan de Doña Mencía,  
 y hablan á media voz.)

Gonz. ¡Cómo, tú en la corte,  
 dulce prenda mia?

- Isab.* Amor es el norte  
que mis pasos guía.  
Ya ¡oh mi fiel amigo!  
ya ¡oh mi caro dueño!  
el astro enemigo  
depone su ceño.
- Gonz.* ¡Ay! Temo, y no en vano,  
que ahora nos sea  
mas triste y tirano  
que nunca.
- Isab.* ¡Qué idea!  
Felipe. . .
- Gonz.* ¡Qué escucho!
- Isab.* Mi orfandad ampara  
piadoso. . .
- Gonz.* ¡Qué mucho  
si ha visto tu cara?
- Isab.* No, que ántes de verla,  
sensible á mi lloro. . .
- Gonz.* ¡Faltaba esta perla  
al régio tesoro!
- Isab.* En mí desagravia  
al padre ofendido  
que mísero. . .
- Gonz.* (Ap. ¡Oh rabial)
- Isab.* Murió en el olvido.
- Gonz.* Mas libre y sin mengua.
- Isab.* ¡Y acaso mi frente. . .
- Gonz.* ¡Oh corte! La lengua  
del vulgo no miente.
- Isab.* ¡Ay Dios! No comprendo. . .  
¡Por qué. . . (Gonzalo retira algo mas  
á Isabel.)
- Menc.* (Ap. conceptúo  
que ya se va haciendo  
muy largo ese duo.)
- Gonz.* Todo aquí es falacias:  
son males los bienes;  
afrentan las gracias

- y honran los desdenes.  
¡Hubiérasme dicho  
que el Rey te llamaba!  
Mas ¡por qué capricho  
Callármelo?
- Menc.* (Adelantándose.) ¡Acaba?
- Gonz.* (En ademan de suplicarla que se retire, y  
ella, lo hace, aunque á ménos distancia.)  
Sí.
- Isab.* Dábanme prisa. . .
- Gonz.* ¡Oh!
- Isab.* ¡Quién á palacio  
cuando el Rey le avisa  
camina despacio!  
Y por otra parte,  
mi alma no recata  
que holgaba de darte  
sorpresa tan grata.
- Gonz.* Grata no; ¡siniestra!
- Menc.* (Ap. ¡Tantó cuchicheo! . . .)
- Isab.* ¡Por qué? El Rey me muestra  
tanto amor.
- Gonz.* ¡Lo creo!
- Isab.* No tuerzas la vista.  
¡Acaso te espanta  
una camarista  
de la Real Infanta?  
¡Será que te pese  
quizá? . . .
- Gonz.* ¡Oh Dios eterno!
- Menc.* (Ap. Mucho amor es ese  
para ser fraterno.)
- Gonz.* ¡Oh lazos traidores!  
¡Oh cándido seno! . . .  
La sierpe entre flores  
esconde el veneno!—  
¡Quién así te aliña  
que á reinas te igualas?  
¡Quién te abruma, niña.

*Isab.* con joyas y galas?  
¡Cómo! Esto te aflige?  
La que me las puso  
dijo: así lo exige  
la etiqueta. . . . el uso. . . .

*Gonz.* Así, ¡oh desventura!  
para el sacrificio  
su víctima pura  
engalana el vicio.  
¡Cuánto era á mis ojos  
mas lindo y apuesto  
sin tales sonrojos  
su traje modesto!  
¡Qué adornos previene  
la rosa del valle?  
¡Qué falta á quien tiene  
tu rostro y tu talle?

*Menc.* (*Ap.* Daré el soplo, que eso  
ya pica en historia)

*Gonz.* (*A Isabel que está pensativa*)  
¡Callas?

*Menc.* (*Ap.* lo confieso)  
el chisme es mi gloria.

(*Entra de puntillas en el cuarto de la Infanta.  
No lo advierte Gonzalo ni Isabel.*)

ESCENA X.

*Gonzalo. Isabel.*

*Isab.* ¡Por qué tan sombrío!...  
Mi pecho ¿no te amá?  
¡Qué arriesgo!...

*Gonz.* ¡Ay, bien mio!  
Mi vida y tu fama.

*Isab.* Pero ¿qué sospecha...  
*Gonz.* El Rey te pretende.  
La envidia te acecha,  
la infamia te vende.

*Isab.* Justo el Rey...  
*Gonz.* ¡Blasfemia!  
*Isab.* Sin que yo lo exija,  
á mi padre premia...

*Gonz.* ¡Burlando á la hija!  
*Isab.* ¡Oh Dios!...  
*Gonz.* Para afrenta  
suya y del Estado,  
mas amigas cuenta  
que años de reinado.

*Isab.* Nadie á mí ultraja:  
mi fé me defiende:  
nadie compra alhaja  
que el dueño no vende.

*Gonz.* ¡Ay, prenda querida!...  
*Isab.* De indignos proyectos  
yo....

*Gonz.* En tierra embebida  
de miasmas infectos,  
con solo el ambiente  
la espiga se daña,  
se enturbia la fuente  
y el vidrio se empaña.  
Basta á que te crea  
perdida ¡ay de mí!

que Madrid te vea  
tan linda... ¡y aquí!

Isab. ¡No! A mi pobre asilo,  
á mi pobre lécho  
tornaré, y tranquilo  
latirá mi pecho.

Gonz. ¡Qué mano traidora  
te trajo ¡oh mi bella!...

Isab. No sé... Una señora....  
*(Aparece la Condesa saliendo del cuarto de la Infanta.)*

Gonz. ¡Quién...

Isab. ¡Mírala! Aquella.

ESCENA XI.

Isabel. Gonzalo. La Condesa.

Gonz. ¡La Condesa! ¡Horror!

Cond. ¡Gonzalo!

Gonz. Sí. ¡Al Rey procurais delicias!  
¡Cuánto os valen las albricias  
de vuestro inicuo regalo?

Isab. ¡Oh Dios!

Cond. ¡Me insultais así!  
*(Mirando á Isabel con encono.)*

Gonz. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII.

Isabel. Gonzalo. La Condesa. Don Alvaro.

*(Llega don Alvaro por la puerta de la izquierda, frontera al cuarto de la Infanta.)*

Alv. ¡Quién alza la voz aquí?

Gonz. Yo, que á nadie pago feudo  
y mas si su nombre infama.

Cond. ¡Gonzalo!

Alv. ¡Mirad que es dama!  
¡Mirad que yo soy su deudo!

Gonz. ¡Gracias!... Sangre ha menester  
mi agravio, y la vuestra quiero:  
que no ha de manchar mi acero  
la sangre de una muger.  
*(Desenvaina la espada.)*

¡Defendeos!

Isab. ¡Tente!

Cond. ¡Espera!

Alv. *(Desenvaina la suya y lidian los dos.)*  
No ha de sufrir mi valor....

Isab. ¡Gonzalo! ¡mi bien! ¡mi amor!

Cond. *(A Isabel.)*  
¡Calla!

Gonz. *(Siguiendo á don Alvaro, que peleando se retira hácia el foro.)*  
¡Huyes!

Cond. ¡Suerte fiera!

*(Doña Mencia y algunas damas salen del cuarto de la Infanta.)*

Gonz. En vano....  
*(Desviando á la Condesa que intenta detenerle, y desapareciendo por el foro en seguimiento de don Alvaro.)*

¡Apartad!

Cond. ¡Cruel!

Alv. *(Dentro.)*  
¡Muerto soy!

Cond. ¡Favor!... ¡Piedad!

*(Vase corriendo por el foro.)*

Isab. ¡Yo muero!

*(Se desmaya en brazos de dos damas que acuden á sostenerla. Aparece el Rey por la puerta izquierda del proscenio: le siguen ocho alabarderos. Otros y algunos Ugieres, Gentiles-hombres, etc., llegan por la otra puerta del mismo lado.)*

ESCENA XIII.

Isabel. Doña Mencía. Damas. El Rey. Alabarderos. Gentiles hombres. Ugieres, etc. Luego Gonzalo. Despues Quevedo.

Menc. ¡Su Magestad!  
Rey. ¡Qué es esto!—¡oh cielo! ¡Isabel!  
Gonz. (Volviendo, y todavía con la espada desnuda.) Vengué...  
Menc. (Llamando la atención del Rey hacia Gonzalo.)

¡Allí está el agresor!  
Quev. (Con la credencial en la mano.)  
¡Armas! ¡Gritos! ¡Quién es ella?  
Rey. ¡Socorred á esta doncella!

Quev. } ¡Ah!  
Gonz. }

Rey. ¡Prended á ese traidor!

Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. A la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

Quevedo. El Alcaide.

Alc. Sois amigo mio y sois  
D. Francisco de Quevedo:  
nada puedo yo negar  
á tan noble caballero.  
(A un carcelero que le sigue.)  
Abrid aquel calabozo  
y salga á esta sala el preso.

(El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.)

Quev. Hacedme mucha merced,  
y en el alma os lo agradezco.

Alc. Quien aquí os deja abrazarle  
bien quisiera á vuestro afecto  
entregarle indemne y libre;  
pero convicto y confeso  
Don Gonzalo de tan grave  
delito...